

Domingo 31 de Octubre de 1920

UN REPORTAJE MACABRO

Será todo lo sentimental, romántico y absurdo que se quiera; pero esta proximidad del 1º de Noviembre, esta atmósfera pesada que huele a flores marchitas, estos crepúsculos interminables que parecen aferrarse a los altos cipreses, recortando sus siluetas rojizas sobre los cerros azulados del fondo, como las llamas de cien antorchas funerales, dan al dormido cementerio un encanto de ensueño.

La marcha se hace lenta; los ojos miran sin ver entre las sombras de las largas y tristes avenidas; la realidad y la fantasía se confunden, y, alentados por el silencio, los espectros abandonan sus tumbas y asaltan al transeunte con preguntas indiscretas.

Y conste que estas cosas no las digo a humo de paja. ¡Es increíble la confianza que se gastan los difuntos!

Comenzaba a obscurecer y trataba de orientarme entre las tumbas, buscando la salida, cuando tras de mí escuché una serie de golpes rápidos y secos que herían el pavimento con el ruido isócrono y desagradable que hacen las muletas.

Sentí que un frío extraño se apoderaba de mis miembros, y sin querer volver la vista, apresuré la marcha y me interné por una de las musgosas y verdes avenidas...

-¡Pisht! ¡Pisht! ¡Oiga! ¿Usted es del Diario Ilustrado?"

Sacando ánimo de flaqueza, me detuve y miré a mi perseguidor.

Un ser extraño, bajo, muy bajo, como si anduviera de rodillas, se presentó ante mi vista. No pude reprimir un grito de horror. Bajo una capucha franciscana se veía una cabeza descarnada, unos ojos sin órbita y una amarillenta mandíbula que se movía temblorosa, como sacudida por el viento glacial y huracanado que hacía gemir lúgubramente las copas de los cipreses.

Unos escasos mechones de pelo amarillentos se adherían aún a las reseca y momificadas mejillas del fantasma, que se afirmaba sobre sus rodillas mutiladas, mientras sus manos se apoyaban a guisa de muletas en dos canillas blancas y desnudas. Quise huir; pero sentía que mis pies se clavaban en la tierra.

-No tenga miedo, joven - prosiguió en tono irónico el espectro.

Habla con Bernardo O'Higgins. El hábito no hace al monje...

Este me lo pusieron de mortaja; pero llevo aquí dentro mi uniforme. Mire usted, las charreteras....

Y apuntaba una de ellas con la canilla que le servía de bastón.

-Pero esto no hace - al caso continuaba.... Aún usted no contesta a mi pregunta. Escribe en "El Diario" ¿verdad?

Hice un signo afirmativo.

-Muy bien; no voy a hacerle cargos. De sobra sé lo que es la prensa; pero por favor no sigan diciendo ustedes que me han raptado de la tumba... Eso que está bueno en una niña, no está bien tratándose de un prócer, de un ex-Director Supremo. Si no estoy en el nicho, es por mi gusto...

-Un gusto extraño - me atreví a observar.

-No - repuso; de ningún modo. Yo he sido siempre hombre de acción... y más que nada, estaba hastiado de que ni allí en mi propia tumba me dejaran en paz.

-¿Pero quién lo molestaba?

-¿Quién? Todo el mundo. Durante más de un año he estado al tanto por los mensajeros que envía diariamente a este recinto el Cuerpo Médico y en especial la Dirección de Sanidad, de cuanto atañe a mi persona: Mi estatua de la Alameda, convertida en centro de reunión de una serie de señores que hablan de maximalismo, reinvin-

dicaciones sociales y otros tantos disparates...Luego cada cierto tiempo, "la cuestión del godo". ¡Que se me quite el español de debajo del caballo; que se le cambie de actitud; que se le ponga de pié, etc., etc.! ¿Cree usted que esto no molesta? No es capricho. Pero estoy acostumbrado con un godo y no quiero que vengan a quitármelo....

En fin, mientras las cosas se redujeron a mi esfingie no quise hacer cuestión; pero una tarde, un joven tifoso que me trajo el chisme, de que al día siguiente, un grupo de manifestantes, valiéndose de mi persona con un pretexto político venía en romería al cementerio a traer unas coronas para mí y para Carrera. ¡Mire que buena compañía!

Como José Miguel, mora desde hace años en la Catedral, creí que se trataba de una broma, cuando héte que al día siguiente oigo una horrible gritería:

-!"Patriotismo, sin saqueo!" "¡Viva la Alianza Liberal!" y una serie de alusiones que poco o nada entendía.

No pude resistir más. Me levanté de la urna como pude - usted sabe que para hacerme entrar en ella me cortaron las piernas - y valiéndome de éstas como ayuda, me lancé a la calle.

-¿De modo que no hubo robo?

-!Qué robo ni niño muerto.Me escapé por mi propia voluntad. Pues, bien, ¿lo creerá usted? Alguien le llevó el cuento al Administrador del Cementerio, y éste me acusó al momento a la Sociedad de Historia y Geografía. ¡Hace visto! ¡Como si fuera un colegial que no tiene permiso para salir de su casa, o que aún no le dan llave de la puerta de calle para recogerse a la hora que le plazca!

!Y yo que he sido Director Supremo! "Sic transit gloria mundil!"

Una semana después ya tenía tres señores, un sacerdote, un médico y un ingeniero, comisionados por la Sociedad, discutiendo ante mi urna vacía la causa de esta ausencia.

Uno de ellos decía, que me había deshecho hasta los huesos. !Irrespetuoso! Mal educado! Puede que esté un poco suelto por los años; pero tóqueme usted esta clavícula; palpe este fémur de primera calidad...

-Le creo, don Bernardo.

-¿Verdad que es para indignar, que duden de mis propios huesos, y crean que los botones de bronce del uniforme militar, pueden volverse cenizas con cien años de entierro? Esto es nada, sin embargo. Luego que los tres señores se convencieron de que yo no estaba, empezaron a alarmarse y a decir que sería inconveniente dar al público la nueva de mi desaparición... Hasta llegaron, como usted bien sabe, a desvirtuar con palabras más o menos ambiguas, las revelaciones que hizo a este respecto "El Ilustrado". Y yo me pregunto ahora, ¿qué irán a hacer estos señores? Antes de quedar en descubierto, buscarán, es claro, algún cadáver que poner en mi reemplazo.

Esto es lo que me tiene consternado.De un momento a otro creo ver aparecer en la página de avisos de algún diario: "Cadáver en buen estado se necesita que use patillas españolas y sepa llevar con gracia el uniforme militar."

¿No es esto horrible?

Un artefacto de uso exclusivamente personal, como una escobilla de dientes, un ataúd, etc., no pueden entregarse, de buenas a primeras, a otro, sin el consentimiento de su dueño.

Hable usted en "El Diario", reproduzca este reportaje; diga que mi desaparición no se debe a un rapto, sino a un acto voluntario y consciente, y sobre todo, consiga que abran mi ataúd en presencia del público. "¡De esas cuatro tablas dependen los destinos de la América!"

Y don Bernardo haciendo una profunda cortesía, se alejó dignamente, apoyado en sus fúnebres muletas, por la obscura avenida de cipreses.